

A winter landscape with a snow-covered cabin and evergreen trees. The scene is set in a snowy mountain valley. In the foreground, a wooden fence runs across the snow. In the middle ground, a rustic cabin with a snow-laden roof and a chimney is visible. The background is filled with snow-covered evergreen trees and distant mountains under a clear sky.

MINERVA HALL

*Un elfo
por Navidad*

UN ELFO POR NAVIDAD

(Especial Nuevas Oportunidades 4)

Minerva Hall

SINOPSIS

¿Qué hacer cuando lo único que te queda es una oportunidad para empezar de nuevo? ¡Luchar!

Ariana tiene muy claro que no va a rendirse, ni hoy ni mañana ni nunca. Tiene dos buenas razones para levantarse cada mañana e ignorar los golpes que ha recibido de la vida. ¿Que una tormenta de nieve la deja tirada en medio de ninguna parte, con dos niños nerviosos, unas botas empapadas y un coche averiado? ¡Pan de cada día! Después de un matrimonio falso, un ex que ha robado hasta los adornos de Navidad y la inesperada pérdida de su trabajo, siente que solo le queda la esperanza de un nuevo y mejor comienzo en otro lugar.

Sin embargo, los planes raras veces salen como uno quiere y cuando un ermitaño aparece como por arte de magia en medio de la noche y los invita a resguardarse en su cabaña, la vida amenaza a Ariana con una nueva posibilidad.

¿Será **Noah** capaz de dejar a un lado sus propios temores, para ofrecerle a estas tres almas perdidas una nueva y prometedora oportunidad de amar?

INDICE

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[EPÍLOGO](#)

*A los que ya no están,
pero permanecen vivos en nuestra memoria.
Siempre te recordaré, abuelo.*

PRÓLOGO

Noah estaba sentado frente al fuego en uno de sus más humildes hogares; una cabaña diminuta en medio de ninguna parte. Tenía una única estancia que hacía las veces de salón, cocina y dormitorio, el baño no formaba parte de la cabaña original, pero había abierto una puerta hacia una pequeña y grata construcción alada. Tenía una enorme bañera, un tipo de casi dos metros necesitaba amplitud, un lavabo verde con un gran espejo y un armario de madera rojo lleno de pequeños cajones y un par de puertas, donde guardaba sus productos de aseo. El inodoro era tan normal que siempre le hacía reír, era un tipo con buen humor. Un par de suaves y navideñas toallas colgaban de un gancho en la pared completando la imagen.

Como buen elfo, seguía a rajatabla las órdenes de Nick, sabiendo que su misión era casi tan importante como la de envolver regalos. Lo que no evitaba que, cuando le tocaba, se retirara a ese lugar solitario en la montaña, rodeado de nieve, pinos y sin población cercana, para poder pensar en lo que tenía, lo que era y sus posibilidades de futuro. En las últimas Navidades había visto caer a compañeros en las intensas garras del amor, incluso a su jefe. Y no podía olvidar lo que había pasado con Thomas, su mejor amigo y protegido. Todavía le dolía su pérdida, si bien la sabía necesaria, pero con el tiempo se acostumbraría, lo había hecho mu-

chas veces. Y seguía allí, seguían siendo amigos, a pesar de que todos sus recuerdos reales hubieran quedado borrados. Perdidos y restaurados por otros ajenos, lejos del gran secreto navideño y del viejo elfo.

Sabía que, por más que deseara tener lo que ellos tenían, no podía renunciar a ser quién era. No se trataba de egoísmo o de la necesidad de usar su magia, sino de que sin él, probablemente, el nuevo Santa Claus y la nueva Señora K estarían totalmente perdidos. Había sobrevivido a varias generaciones de la familia de Nick y había visto muchas cosas. Había cuidado y vigilado a muchas protegidas y sus respectivos protectores. Incluso él mismo se había dejado seducir por la pasión en brazos de alguna mujer dispuesta, algo poco común en la vida de un elfo. No confraternizaban con los humanos, a no ser que hubiera una orden expresa para hacerlo, pero siempre había leído una segunda versión de cada norma. Siempre había tenido un motivo para dejarse llevar por el anhelo de contacto humano y nunca había pasado esa delgada frontera entre el interés y el profundo sentimiento del amor.

El padre del actual Nick lo había sabido y tolerado, porque mientras no alterara su futuro y llevara esperanza a sus vidas, siempre le había parecido bien. La señora K había sido una aliada desde el principio y había confiado en él para proteger a la joven pareja que hoy regía el Polo Norte y guiaba a hordas de elfos dispuestos a hacer del día de Navidad una fecha muy especial.

No sabía qué haría si dejaba de cuidar de sus muchachos, de los jefes y, por supuesto, de la Navidad. Para eso había nacido, era su misión en la vida. Repartir fe, ilusión y

optimismo. El *Rudolph's* era un lugar ideal para hacerlo, por eso disfrutaba tanto del local. Sabía que pronto tendría que dejarlo en manos de Thomas, no de forma constante, pero sí durante largas épocas, sospechaba que su destino se vería alterado muy pronto. Al fin y al cabo en San Francisco, todo estaba hecho. Volaría hacia nuevas zonas y descubriría nuevos elfos cuyos caminos hubieran quedado truncados o se hubieran desviado inexplicablemente.

Un tintineo le hizo alzar la vista hacia la repisa de la chimenea, donde brillaba la bola turbia que le había entregado la antigua señora K antes de morir. No era el procedimiento habitual, no solía entregarse al elfo aquel objeto mágico que solo debía tocar su compañera, pero había sido un regalo. Un gesto y un mensaje oculto en el que su amiga, la mujer que mejor lo había conocido a lo largo de toda su existencia, le decía que ya era su hora. Le animaba a seguir por aquel camino que otros ya habían cruzado. Era su turno, a pesar de su reticencia o su temor y no podía seguir posponiéndolo más.

Se incorporó y la tomó en sus manos, el cristal estaba frío al tacto, pero brillaba y parecía que mil cascabeles estuvieran encerrados dentro.

Sabía qué significaba aquello, estaba cerca, muy cerca. Su compañera.

La posó con infinito cuidado en su lugar y se dijo que podía haber sido un reflejo de las llamas de la lumbre, que no necesariamente estaba cantando la vieja canción de amor. Era mejor así.

Un lobo solitario como él no debía enamorarse antes de haber completado su gran misión. Nick y su señora lo

necesitaban y no podía fallarles. Todavía no estaba preparado para hacerlo.

Tres golpes en la puerta lograron que el desasosiego lo recorriera. Para un tipo tan grande como él, debería estar prohibido temblar cual infante, pero el futuro incierto era algo que los asustaba a todos. ¿Cómo podía ser de otra manera? ¿Estaría la mujer destinada a rendirse en sus brazos, al otro lado de la puerta? ¿Su compañera de vida? Nunca debía ignorar las señales mágicas que le advertían, era muy importante no hacerlo porque podría cometer un error imperdonable y dejar pasar su oportunidad.

Pero tomarla hoy... ¡era demasiado pronto! Y tenía miedo.

Su voz grave atravesó la estancia, mientras se interesaba por la identidad de su visitante:

—¿Quién es?

La respuesta sonó ahogada desde el otro lado de la puerta, pero la escuchó perfectamente:

—Correo Express del Polo Norte.

Se apresuró a atravesar la estancia, abrió y observó a Sebastián con un nudo en la garganta. Podía haber sido peor, aún así, no auguraba nada bueno que el elfo estuviera entrometiéndose en sus vacaciones.

—¿Qué es esto? —inquirió observando el grueso sobre marrón. Tenía escrito en letras grandes rojas y brillantes su nombre y dirección—. ¿Ha habido alguna emergencia? Estoy disfrutando de mi período de vacaciones. Todavía falta un mes para Navidad.

—Solo soy el mensajero, Noah —informó su compañero encogiéndose de hombros y tendiendo la PDA para que

estampara su firma—. Si eres tan amable de firmar la entrega, te dejaré a solas con tus pensamientos.

Le tembló el pulso al estampar su rúbrica en la máquina y observó el momento en que quedaba registrada, sintió el peso del sobre en sus manos y Sebastián se desvaneció con una sonrisa, haciendo sonar el cascabel de su sombrero, dejando tan solo un leve residuo mágico atrás.

—Que no sea lo que me estoy temiendo. Nick, no me jodas —dijo al silencio de la habitación mientras cerraba la puerta y rasgaba sin ceremonias el sobre. Sacó un montón de papeles y cuando empezó a leer, sus ojos estuvieron a punto de salirse de sus órbitas.

Dos misiones, prioridad absoluta.

Contuvo su temperamento para no desgarrar las páginas, aunque le costó un mundo. No necesitaba esto. Todavía no. Necesitaba más tiempo.

Su móvil sonó en el momento en que dejaba el contenido del sobre marrón sobre la mesa y se rascaba la barba pensativo.

Vio en el identificador de llamadas de quién se trataba y descolgó con un gruñido, pero su interlocutor lo acalló de inmediato.

—Cuento contigo, Noah. No me falles.

—¡Estoy de vacaciones!

—Mis elfos siempre están de guardia, especialmente tú —dijo Nick con voz de mando—. Lo harás bien.

—No, Nick. No puedo... —se escuchó el silencio al otro lado, cuando su jefe cortó la comunicación.

El elfo grandullón rugió, cual oso furioso, y cada leño de la cabaña tembló. Después, llegó la paz y con ella la

amenaza implícita de que todo su mundo estaba a punto de cambiar.

CAPÍTULO 1

Víspera de Nochebuena

—Mamiiii, me hago pis. Ya no me aguanto más —dijo su hija de seis años, veinte minutos después de haber parado la última vez para que Damian, su pequeño príncipe de cuatro, vaciara su diminuta vejiga.

Había intentado por activa y por pasiva que la niña hiciera ganas durante la parada, pero no había habido manera.

—No podemos parar, cariño. No hay ninguna estación de servicio hasta que llegemos al otro lado de la montaña. Tienes que aguantarte un poquito.

—Mami, mami. No puedo más. Tengo que ir ya. —Podía escuchar las lágrimas en su tono, la angustia y predecía el inminente desastre si no paraba cuanto antes. Observó a izquierda y derecha, buscando algún camino rural por el que entrar y no entorpecer el tráfico.

—Solo un momento cariño, estoy buscando un lugar donde parar.

Dio gracias a Dios en silencio cuando vio una diminuta señal que indicaba algún tipo de desvío. No parecía muy asfaltado, por no decir nada, había bastante nieve y le preocupaba quedarse atascada. Estaba claro que por allí no había pasado una máquina quitanieves en mucho tiempo, pero no podía hacer esperar a Amber mucho más. Re-

dujo la velocidad y se desvió con mucho cuidado, asegurándose de que las cadenas cumplieran su función y no los hacían derrapar.

Sonrió tranquila cuando el vehículo se detuvo suavemente y dio gracias a la providencia. Bajó a toda prisa y se hundió en la nieve hasta la rodilla. Estaba helada.

—No te bajes hasta que yo te ayude, Amber. Ni tú tampoco Damian. Nos esperas en el coche mientras tu hermana hace pis.

El niño asintió muy serio, entendiendo el mensaje. Era tan bueno, daba igual que fuera pequeño, parecía comprender la necesidad de ayudar a su madre hoy. A pesar de que podía ser el chiquillo más revoltoso del mundo un día cualquiera.

Abrió la puerta de su hija y la ayudó a desatarse el cinturón de seguridad, la cogió en brazos.

—Voy a llevarte hasta ese árbol, cariño. Hay mucha nieve, así que no puedes caminar tú sola.

Amber empezó a llorar.

—No quiero hacer pis en el suelo, no quiero mamá. ¡Hay bichos!

—Te prometo que no hay bichos, cariño. Te lo prometo.

Caminó con ella hasta la orilla, sin perder de vista el coche y a su hijo, trató de hacer un hueco con el pie, apartando la nieve, para que la niña no se hundiera.

—Por favor, mami. Aquí no. —Cuando la dejó en el suelo, la niña empezó a bailar, apretando las piernas y llorando inconsolable.

—Cariño... —Miró alrededor, buscando alguna luz, alguna cabaña o construcción. Quizá algún turista bien dis-

puesto podría dejarles utilizar el baño.

—Por favor, mami —los lagrimones rodaban por la carita de su hija clavándosele en el corazón.

Ariana sabía que no había muchas posibilidades de encontrar un baño en condiciones en los alrededores y, de todos modos, llamar a la puerta de algún extraño de haber alguien, podría ser peligroso.

Negó, le bajó las medias y las braguitas y la sostuvo a la sillita de la reina.

—Así cariño, tranquila, mamá está contigo y te prometo que ningún bicho te va hacer daño.

La niña la miró todavía llorosa, pero no pudo aguantarse más. La mujer suspiró más relajada. A veces se sentía mala madre, por eso iba a cambiar de vida. Trasladarse más cerca de sus padres, encontrar un nuevo empleo a media jornada y así poder pasar más tiempo con sus hijos. Ahora que su exmarido los había dejado en la estacada, lo único que podían hacer era reagruparse y salir fortalecidos de aquella terrible experiencia.

—Ya está, mamá. Tengo frío.

Ariana la limpió y se apresuró a taparla, la llevó al coche y la sentó en la sillita homologada, abrochó su cinturón y la besó en la frente.

—Has sido una chica grande y valiente. Estoy orgullosa de ti. —Se dirigió a Damian entonces—. ¿Quieres hacer pis, cariño?

El niño negó risueño y siguió mirando *Cars* en su DVD portátil, mientras comía un pedazo de regaliz. Tenía la cara y las manos pegajosas, pero no le dio importancia. Estaba lo bastante entretenido como para no preocuparse por eso.

Cerró la puerta y se sentó tras el volante, se frotó las manos. Estaba tiesa, a punto de congelación. Subió un punto la calefacción y agradeció haber comprado aquel coche. Un SUV a medio camino entre un turismo y un todoterreno, perfecto para el viaje que habían iniciado.

Metió la marcha atrás y se dispuso a regresar al tráfico, no se atrevía a dar la vuelta, por temor a caer en alguna cuneta. La nieve no le permitía suficiente visibilidad.

Retrocedió los escasos metros que había recorrido cuando escuchó una pequeña explosión que hizo que el corazón se le congelara en el pecho.

«No. No. No puede estar pasando esto».

Frenó y se detuvo. ¿No le habían puesto neumáticos antipinchazos? Evan lo había llevado al taller precisamente para eso el invierno pasado, ¿verdad?

—¿Pasa algo, mamá? He escuchado un ruido —Amber se removía nerviosa en su asiento, ella trató de quitarle importancia.

—Ha sido un bache, voy a bajarme un momento. ¿Puedes cuidar de tu hermano, por favor?

La niña asintió vehemente y le dio la mano al tiempo que Damian trató de apartarse, enfadado.

—Noooooooooooo. —Trató de empujarla, era especial cuando se trataba de su regaliz.

—Damian, shhhhh. No te enfades con tu hermana, mamá ya viene.

Saltó una vez más a la nieve, ya tenía los pantalones vaqueros húmedos y su abrigo apenas la protegía de la ventisca. Copos de nieve caían cada vez más rápido sobre ella. Elevó los ojos al cielo y pidió clemencia a quienquiera que